

—No estoy para nadie más— añadió.

Era, en efecto, Julián al que había visto aproximarse á la casa en el momento mismo en que no estaba separada del abismo más que por ese último estremecimiento de repugnancia animal que se encuentra hasta en los suicidas maniáticos. Los mismos locos, ¿no eligen el procedimiento que les agrada para perecer? Alba quedó inmóvil algunos instantes, procurando recoger sus ideas. Las más profundas fuerzas de su ser se concentraban en una resolución, que daba á su encantador rostro, hacia un momento contraído con un pliegue siniestro, si no la serenidad, por lo menos la expresión de una esperanza. No se había engañado pensando que el joven se dirigía á la casa. Dados los extraños prin-



cipios de su madre en materia de educación, no hay que extrañar que varias veces Alba recibiese sola á Julián; pero aquella orden de que no recibía visitas, indicaba que se proponía tener una entrevista de gran importancia. Cuando le anunciaron que el novelista esperaba en el saloncillo, pareció dudar todavía.

—No;—se dijo al fin.—Es la salvación. La única... Voy á saber si verdaderamente me ama... ¿Y si no me ama?

Miró de nuevo hacia la ventana á fin de asegurarse á sí misma que en el caso de que aquella conversación no terminase como ella deseaba, el trágico y sencilló recurso en el que hacía un momento pensaba, podía siempre ser empleado, para dejar aquella vida infame que decididamente no podía aceptar. En aquel momento en que su ser se agitaba en una suprema crisis, las dos individualidades, fundidas en la suya, se agitaban en ella. El alma de su verdadero padre, de aquel trágico y desdichado Werekiew, la había inclinado sobre el quicio de la ventana, invitándole á morir: el alma enérgica de su madre precipitábala ahora al audaz paso que intentaba, para salir de su angustia por otra puerta que la de la muerte; y esta influencia de la herencia materna era tan dominante en aquel momento, que por la primera vez quizás desde que la conocía, Dorsenne encontró, cuando Alba entró en el saloncillo, que se parecía á la señora Steno. ¡Quién sabe, pues en esos instantes en que nos encontramos en una encrucijada de nuestro destino, las nuevas impresiones determinan nuestra voluntad; quién sabe si aquel parecido repentinamente evocado no fué la causa de la respuesta que dió á la joven cuando ésta le habló, al fin, con la solemnidad apasionada de un

alma atormentada! ¡Quién sabe si el inconsciente recuerdo de las costumbres de la querida de Lincoln no mancilló ante sus ojos la inocente y sublime confianza de aquella adorable criatura! Fantasma torturante de su inconsolable disgusto de hoy, cuando hubiera podido ser el encanto de su segunda juventud, la exquisita y tierna flor ingerta en el árbol tan tristemente desnudo de sus cuarenta años!

¡Ah! ¡Cómo Julián querría estar todavía al principio de aquella conversación comenzada en un tono habitual de sentimentalismo burlón, y tan pronto transformada en un diálogo dramático! Pensaba, mientras se aproximaba á la villa Steno, que marchaba hacia su última entrevista con su linda é interesante amigueta, pues él se había, al fin, decidido á partir, y tal vez para tener la seguridad de no arrepentirse, había pasado al despacho de los vagones-camas, tomando su billete para la misma noche. Sí: había ido para darla un adiós, pero no ese adiós, esa separación de la que se acordará uno mientras esté en este mundo donde se puede hacer tanto mal riendo y sin sospecharlo.

Había jugado tanto con el amor, que el célebre proverbio le parecía que no podía aplicarse jamás á él, y por juego todavía él entró en materia, cuando habiendo tomado la mano de Alba para besarla vió que estaba vendada.

—¿Qué le ha sucedido á usted, Condesita? ¿Es que los laureles de Florent Chaprón y los míos le han impedido dormir, y tiene usted el puño clásico del duelista?... Seriamente. ¿Cómo se ha herido usted?

—Me he apoyado en un cristal que ha cedido, y me he desgarrado los dedos—respondió la joven,

que añadió con una media sonrisa: — No es nada.

—¡Qué imprudencia!—dijo Dorsenne en tono de amistosa riña.—¿Sabe usted que ha corrido el riesgo de cortarse una arteria y de provocar una hemorragia muy grave, tal vez mortal?

—No hubiera habido gran mal en eso—respondió Alba moviendo la cabeza, con un pliegue tan amargo en la boca, que también el joven cesó de sonreír.

—No me hable usted en ese tono—dijo—ó creeré que lo hace usted con intención.

—¿Con intención?—respondió ella.—¿Por qué?

Y se ruborizó, riendo con aquella risa trístisima que había tenido un cuarto de hora antes, cuando inclinaba su cuerpo hacia la calle.

Comprendió Dorsenne que sufría mucho, y su corazón sufrió también.

La agitación, contra la que luchaba durante aquellos últimos días con toda la energía de un artista independiente y que ha sistematizado su celibato, le invadió de nuevo.

Pensó que era necesario poner entre la tontería y él lo irreparable de su resolución categórica, y respondió á su amiga con su habitual dulzura, pero con firme tono:

—Aún está usted incomodada, Condesita, y acaba usted de mirarme como en nuestros momentos de riña. No debía usted hacerlo tratándose de mí. Más tarde lamentará usted haber sido hoy tan mala conmigo.

Notó Alba que en sus ojos y en su sonrisa había, al pronunciar aquellas palabras, alguna cosa algo indefinible. Preciso era que le amase mucho, pues olvidó por un momento su pena y su resolución, y le preguntó vivamente:

—¿Tiene usted algún disgusto? ¿Sufre usted? ¿Qué pasa?

—No;—respondió Dorsenne.—No pasa nada. Es la hora que pasa. Los minutos que se van, y no solamente los minutos. Hay una antigua y encantadora poesía francesa, que usted no conoce, y que comienza así:

*Le temps s'en va, le temps s'en va, Madame.
Las, le temps?—Non.—Mais nous nous en allons.*

Lo que en simple prosa significa que esta es, sin duda, la última conversación que tenemos juntos por ahora, y que no estaría bien que estropeáramos esta última visita.

—¿Le comprendo á usted bien?—dijo Alba.—Conocía demasiado la manera de expresarse de Dorsenne para no saber que aquella forma, medio burlesca, medio sentimental, le servía siempre para preparar frases más graves y contra las que de antemano se guardaba por miedo de parecer ingénuo. Cruzó los brazos sobre el pecho, y después de una pausa, continuó con voz grave:

—¿Se marcha usted?

—Sí—respondió él sacando su billete.—Y vea usted que he hecho como los poltrones que se arrojan al agua. He tomado mi billete y no me diré á mi mismo lo que me digo hace meses:—Verdugo,—aún un momento,—de la Du Barry.—Ya la he referido á usted esta frase. De toda nuestra revolución es el que me interesa un poco. ¡Es tan sincero!

—¿Se marcha usted?—repitió la joven, sin atender á la broma con que Julián había disfrazado su propia turbación ante el efecto de aquella partida tan bruscamente anunciada.—¡No le volveré á ver á usted!... ¿Y si yo le suplicase á usted que no se fue-

ra aún? Usted me ha hablado de nuestra amistad. ¿Y si yo le suplicase á usted en nombre de ella que no me privase usted de ella en este instante en que no tengo á nadie, en que estoy sola, horriblemente sola? ¿Me respondería usted que no? Me ha dicho usted frecuentemente que usted es mi amigo, mi verdadero amigo. Si esto es verdad, no se vaya usted. Se lo repito á usted; estoy muy sola... y tengo miedo.

—Vamos,

—Condesita,—respondió Dorsenne, á quien la exaltación súbita de la joven

comenzaba á asustar.—No hay razón para que se ponga usted en ese estado por haber sostenido ayer una conversación muy triste con Fanny. En primer lugar me es de todo punto imposible dilatar mi par-



tida. Me obliga usted á darle razones muy groseras, casi comerciales; pero el hecho es que mi libro va á aparecer y es preciso que yo esté presente. Y además, usted también va á marcharse. Tendrá usted todas las distracciones del campo, sus amigos de Venecia, y, en todo caso, esa encantadora Lydia Maitland.

—No pronuncie usted ese nombre,—interrumpió Alba, cuyas facciones se habían contraído ante aquella alusión á su estancia en Piove.—Usted no sabe el mal que me hace, ni qué mónstruo de crueldad y de perfidia es esa mujer!... No me pregunte usted más. No diré nada... Pero—continuó cruzando sus manos temblorosas por la angustia que la producían las frases que osaba formular—¿es que no comprende usted que si le hablo en estos términos es porque tengo necesidad de usted para vivir?...—Y después, en voz baja, emocionada, dijo:—¡Es que le amo á usted!—Todo el pudor natural en una niña de veinte años enrojeció su rostro con una oleada de púrpura cuando arrojó esta confesión.—¡Sí, le amo á usted!—repitió con acento profundo y más firme.—No es cosa común en este horrible mundo confesión semejante; usted lo sabe... No he coqueteado con usted... No tengo orgullo... Si usted no me ama, todo ha concluido para mí, y entonces, ¿de qué serviría este orgullo?... Si usted me ama... ¡Ah! ¡Si usted me ama!... Y cerró los ojos como si la dulzura de aquella idea la hiciese aun mal. Entonces usted comprenderá que para tener el derecho de darle mi vida, de llevar su nombre, de ser su mujer, de seguirle á usted, he dicho alto lo que sentía en el momento en que iba á perderle á usted. Usted me perdonará si he faltado á mi modestia por la primera, por la última vez... Pero he sufrido demasiado!...

Se calló. Jamás la pureza absoluta de aquella encantadora criatura, nacida y educada en una atmósfera de corrupción, en la que quedó tan intacta, tan noble y tan franca, había resplandecido como en aquel momento. Toda su alma virginal y desgraciada estaba en sus ojos, que imploraban á Julián; en sus labios, que temblaban por haber hablado de aquel modo; en su frente, en torno de la que flotaban como una aureola formada por sus rubios cabellos, levantados por la brisa que entraba por la abierta ventana. Había encontrado el medio para intentar aquel prodigioso paso, el más temerario que se puede permitir una mujer, y más si es soltera, con una sencillez tan casta, que en aquel momento Dorsenne no hubiera osado tocar solamente la mano de aquella niña que se confiaba á él tan locamente y con tal lealtad. Ella misma, á pesar del rubor de sus mejillas, no sentía vergüenza de su acción. Había mucha lealtad en aquel paso, que había dado, como decía, á impulsos del dolor. Y, sobre todo, esperaba. Tenía fe en la simpatía, mejor aún, en el amor de Julián. Durante aquel invierno y primavera pensó muchas veces que el joven no pedía su mano por ser ella demasiado rica. Y realmente era cierto que él sentía junto á ella las más vivas emociones de que era capaz; pero no era menos cierto que esta simpatía no invadía aún la parte lúcida y fría de su ser, tan rebelde al abandono. Era cierto que le agradaba su belleza de esclava italianizada, hasta tal punto, que, si no hubiera sido un hombre honrado, hubiera sido un amante con delicia; pero no era menos cierto también que le llevaba sobre todo á ella una curiosidad contra la que ya estaba en reacción, por miedo de renunciar á aquella independencia querida, volup-

tuosidad soberana en su naturaleza voluntariosa y móvil... Así es que las conmovedoras frases de la joven, donde palpitaba una desdicha tan grande, y que habían de hacerle más tarde llorar de pena, le produjeron en aquel momento una impresión más bien de miedo que de lástima. Si; tuvo miedo de la llama que brillaba en los ojos de la joven; tuvo miedo de la fuerza extraña que desplegaba repentinamente aquella niña; miedo de ser arrastrado, á pesar suyo, á la atmósfera de las pasiones completas, exclusivas y violentas, él, á quien no agradaban más que las medias tintas, por decirlo así, en las desgracias y en las dichas, las emociones atenuadas y artificiales.

Ella se había callado, y él no respondía. Cuando, al fin, rompió aquel silencio cruel, nada más que el sonido de su voz reveló de golpe á la desgraciada lo inútil de aquel llamamiento supremo dirigido por ella á la vida. No había guardado para exorcisar al demonio del suicidio más esperanza que el corazón de aquel hombre, y este corazón, al que ella se había precipitado en un arranque tan loco, se retiraba en lugar de entregarse.

—Tranquícese usted, se lo suplico—le dijo Dorsenne.—Debe usted comprender mi emoción, mi asombro por haberla oído lo que ha dicho. ¡Estaba tan lejos de pensar en ello! ¡Dios mío! ¡Qué agitada está usted! Y sin embargo—añadió con más firmeza—yo me despreciaría si la mintiese á usted. ¡Acaba usted de ser tan leal conmigo! No puedo corresponder á esa confianza más que pensando alto á mi vez. ¡Casarme con usted! ¡Ah! ¡Este sería el sueño de dicha más encantador, si este sueño no me estuviera prohibido por la honradez! Para aceptar la vida de una joven como usted, es preciso poder sin-

cera y honradamente prometerla la vida de uno toda entera. Y yo no puedo hacer esta promesa; no la cumpliría. ¡Pobre niña!—y su voz se hizo casi amarga al pronunciar estas palabras.—Usted no me conoce. Usted no sabe lo que es un escritor de mi raza y cómo unir nuestros destinos sería para usted un martirio más duro que la soledad moral en que vive usted hoy. Yo venía á verla á usted alegremente, porque era libre, porque podía decirme que no volvería cuando no quisiera. Esto es poco romántico, pero es así. Pero si existiera un lazo, una obligación, un cuadro fijo en que moverme, un círculo de costumbres que me aprisionara, no tendría más que una idea. La de huir. ¿Una unión para toda mi vida? ¡No! ¡no! Yo no la soportaría. Hay almas de paso, como pájaros viajeros, y la mía es una de ellas. Y usted misma lo comprenderá en seguida y recordará usted que la he hablado como un hombre de honor que se desesperaría de creer que ha aumentado, sin querer, la tristeza de su destino de usted, cuando no hubiera deseado más que dulcificarle. ¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamó, viendo mientras hablaba que asomaban dos lágrimas á los ojos de la joven, lágrimas que ella no enjugó.

No sollozó Alba, como la víspera, en brazos de Fanny, con el consuelo de una compasión en su pena. No. Aquellas gruesas lágrimas que rodaban por sus encendidas mejillas sin un grito, sin un suspiro, eran las gotas de un sudor de agonía, arrancadas por la desesperación absoluta, total, irremediable. Era el adiós á la vida de un alma aún joven, y que no encontrando eco para su grito de agonía, llora una última vez por aquella juventud condenada.

Y como Julián, espantado, repitiese:

—¿Qué hacer?

—Usted marcharse—respondió ella.—Dejarme. No quiero más. Le estoy á usted reconocida por no haberme mentido. Pero su presencia me es muy cruel. Tengo vergüenza de haber hablado, ahora que sé que usted no me ama. Tiene usted razón para abandonar Roma. Debía usted haber partido antes. No se defienda usted—continuó, impidiéndole que la interrumpiera.—Usted no me ha mentido nunca; jamás me ha dado el derecho de creer que sentía usted por mí otra cosa que esta amistad ligera. He estado loca. No me castigue usted permaneciendo aquí más tiempo. Después de la conversación que acabamos de tener, mi honor quiere que jamás nos hablemos.

—Tiene usted razón—dijo Julián, después de un nuevo silencio.

Tomó su sombrero, que había dejado sobre una mesa al principio de aquella visita tan rápida, y terminada repentinamente por una explosión de tan extraños sentimientos. Los dos jóvenes se miraron una vez todavía. ¡Ah! El debía á menudo volverla á ver, blanca como una muerta, la boca crispada dolorosamente, el rostro aún húmedo por sus lágrimas, que ya no corrían, rígida y trágica, con su vestido claro de primavera, sus brazos cruzados como hacía un instante sobre su delgado pecho, para no darle la mano. No le tendió él la suya. Comprendió que la pobre niña había dicho la verdad. Le había confesado sin sentir vergüenza sus emociones cuando creía que él participaba de ellas; el saber que las conocía llenábala ahora de confusión. El la dijo: — Adiós. — Inclinó ella su rubia cabeza sin responder. Pobre fantasma de la más dulce é inocente de las víctimas, ¿ese que miras

marchar con esa mirada, olvidará ésta jamás?

La puerta se había cerrado. Alba Steno estaba sola de nuevo.

Una media hora después, cuando el lacayo vino á recibir órdenes respecto del carruaje que la Condesa había vuelto á enviar, conforme á lo prometido, la encontró inmóvil, de pie junto á la ventana, á la que se había acercado para ver marchar á Dorsenne.

La idea del suicidio la había acometido de nuevo; había sentido con irresistible fuerza la magnética atracción de la muerte; la vida habíale aparecido una vez más como algo demasiado vil, demasiado inútil, demasiado insoportable para aceptarla por más tiempo.

No podía besar á su madre sin un estremecimiento de horror. De sus dos amigas, la una estaba separada de ella para siempre; la otra era tan miserable como ella. Acababa de comprender que el hombre en el que había puesto sus últimas esperanzas no tenía corazón, para ella al menos. Lo que había leído en Lydia acababa de presentarle la perspectiva de su estancia en Piove tan odiosa, que pensar solamente en ella la paralizaba de horror.

La tendencia hereditaria manifestada por el impulso de un momento antes estaba definitivamente instalada en aquel alma que sangraba por una herida incurable, bajo la forma de una voluntad razonada. Este es el segundo momento, el más peligroso en la marcha de esa enfermedad moral que representa el suicidio.

Alba se había dicho, no como hacía un momento: ¡Qué dulce será morir!, sino: ¡Quiero morir! Después, apoyada en la ventana, algunos recuerdos la vinieron al pensamiento; el de una joven de Nápo-

les, una de sus compañeras de *tennis* á la que Dorsenne llamaba la pequeña Herodiada, á causa de su parecido con las caras de Luini, y que en un acceso de fiebre se había precipitado por una ventana aquel mismo invierno, á las cinco de la mañana. El pobre cuerpo había sido reconocido por los hortelanos. Se había llamado, á fin de cubrirle en seguida, á la puerta de un hotel vecino, y aquella criatura, de una belleza deliciosa y de una adorable elegancia, había tenido por primera mortaja un mantel de una mesa de una fonda. Alba, que había querido á aquella niña de diez y ocho años, recordó las lágrimas que su madre, una noble y santa mujer, había vertido, y el detalle de la agonía en medio de la calle, que había añadido una nota brutal á aquel episodio, ya tan terrible.

También apareció ante su pensamiento el caso de otra amiga, una alemana establecida en Italia, y que se había matado dos años antes arrojándose desde una barca al agua de un lago de la campiña romana, el lago de Porto. Había sido encontrada flotando, como Ofelia, sin sufrir deformación, dormida sobre las olas, y piadosas manos la habían sacado de allí sin que ninguna profanación se hubiera mezclado para aquella desesperada con el encanto consolador de la muerte.

Semejantes imágenes bastan, si la locura del suicidio invade por completo á un ser, para determinar la naturaleza del medio que empleará, sobre todo cuando hasta la forma de aquel suicidio está dibujada por adelantado en el misterio de la herencia. Así se explican esas imitaciones contagiosas que han hecho célebremente fúnebres algunos sitios, como aquella garita donde se mataron varios soldados y que Bonaparte hizo quemar. Una manía se-

mejante se apoderó de la joven. El carruaje estaba á su disposición. Por la puerta Portese, á lo largo del Tiber, era preciso una hora y media para llegar á aquel sitio al trote de los fogosos caballos. Para evitar la curiosidad de sus criados tenía el pretexto de que una gran señora, romana, conocida suya, la Princesa Torlonia, poseía una finca solitaria á orillas del lago. Púsose rápidamente el sombrero, y sin escribir una palabra á nadie, sin arrojar una mirada á los objetos, entre los que había vivido y sufrido, bajó la escalera corriendo, y dando al cochero la dirección de aquella villa, añadió:

—Ve de prisa. Ya me he retrasado.

El lago de Porto, como su nombre indica, es el puerto del antiguo Tiber, por el que el Emperador Trajano quiso reemplazar Ostia, ya casi cegado en tiempo de Augusto por los aluviones. El camino que parte del Transtevere continúa junto al río, que desliza, al través de una planicie llena de ruinas y rodeada de colinas, su agua salobre, amarilla, por las arenas, y los lodos del Apenino. Más allá de la iglesia de San Pablo comienza el desierto, más solitario aún que el sitio en el que se había celebrado el duelo de Gorka con Florent y con Dorsenne, pues aquí la azulada línea de los montes albanos no se levanta para cerrar la inmensa campiña solitaria. En aquella época del año los rebaños han subido ya á las montañas á causa de la fiebre que se enseñoorea de aquel sitio lleno de infiltraciones marinas y como podrido por las aguas estancadas, que el más enérgico trabajo no ha podido hacer saludables más que á medias. Algunos eucaliptus y pinos es la única vegetación que encontraba la mirada de Alba Steno. Pero aquel horizonte aveníase bien con la devastación moral que ella sentía. Por otra

parte, desde el momento en que el carruaje había comenzado á rodar, experimentaba la joven esa especie de extraña calma, casi serenidad, que acompaña frecuentemente al suicidio, sobre todo cuando éste es el término de una enfermedad moral, de una de esas ansiosas melancolías que durante meses y meses nos han rodeado de un círculo torturante de ideas fijas. Parece que el alma no tiene, como el cuerpo, más que cierta fuerza para el sufrimiento, y que, pasado este límite, llega á una anestesia momentánea, en la que no puede sentir la realidad de las penas, que, no obstante, son la causa de su decisión de morir.

Los diversos personajes que habían tomado parte en el drama de su vida, para llevarla de escena en escena á la resolución trágica que iba á ejecutar, aparecían á sus ojos como á una gran distancia. ¡Qué lejos estaban el brutal Lincoln y la pérfida Lydia Maitland y la leal Maud Gorka y la piadosa Fanny! Hasta su madre y Dorsenne no eran más reales, aunque tan pocas horas, tan pocos minutos, la separasen del instante en que fué herida por el golpe que había consumado su desgracia. No era este el sonambulismo lúcido de que han hablado algunos criminales, no, sino un escape íntimo que llegaba á la dulzura y que ponía en sus labios, menos temblorosos ya, una sonrisa de paz. Aquella sensación de que se aproximaba á la tranquilidad suma, al sueño definitivo en el que no sufriría más, aumentó cuando se apeó del coche, y habiendo rodeado el jardín de la villa Torlonia se encontró ante el lago, tan grande en su pequeñez por lo salvaje del cuadro, é inmóvil, asombrada en aquel supremo instante por la imagen de aquella visión súbita, se detuvo ante los rosales floridos, entre las hojas torci-

das de dos álces para mirar el lago que iba á ser su tumba, y murmuró:

—¡Qué hermoso es esto!

La superficie del lago estaba tan en calma, que apenas si por intervalos un movimiento lento y silencioso agitaba el agua, tan negra como espesa, pesada, invadida por los juncos, y sobre la que las anchas hojas de las plantas acuáticas lanzaban su verdor sombrío. En torno de la joven había una florescencia enorme, como un bosque de gigantescos rosales, mientras que al otro lado se veían los pinos de Italia, que alzaban sus negras copas al cielo azul donde el sol comenzaba á bajar, pues eran ya más de las cinco. Y una vaga bruma flotaba sobre el lago, más bien que bruma, un vapor. Ni un soplo de viento movía los rosales, entre los que había innumerables ranas y sapos ocultos en las hierbas. Alguna vez, uno de estos animalitos caía en el lago formando el ruido de una piedra que cae en el agua; un movimiento algo más fuerte y el espejo del vasto estanque volvía á tomar un aspecto de un encanto á la vez delicioso y siniestro.

En otros momentos, los cuervos volaban lanzando gritos agudos. Iban á posarse en un prado situado á la izquierda, hacia el que conducía un camino sembrado de rosales, por el que Alba había llegado, cortando maquinalmente algunas rosas y colocándose en el pecho por un último instinto de juventud y de coquetería, hasta en la muerte. Aquella tarde tan pura, aquel lago casi fantásticamente inmóvil, aquel horizonte trágico con un no sé qué de carácter irremediable esparcido sobre todas las cosas, todo en la melancólica decoración de aquel momento supremo se armonizaba con las ideas de la joven de tan completo modo, que quedó

como encantada del paisaje. Había en la atmósfera húmeda que poco á poco penetraba en su carne un encanto de mortal endormecimiento, al que se abandonó pensativa, casi con una voluptuosidad física, sin voluntad, bebiendo por todo su ser los efluvios febriles de aquel sitio, uno de los más funestos en aquella época y en aquella hora, hasta que un estremecimiento de frío la sacudió el cuerpo bajo la delgada tela de su traje de verano. Sus dientes chocaron, temblaron sus hombros, y esta señal de sufrimiento fué como otra para poner en práctica su plan. Tomó otra vereda de rosales y flores para ganar un sitio del ribazo, donde se dibujaba la forma de una barca. Bien pronto la desamarró, y manejando los remos con sus delicadas manos, avanzó hasta el medio del lago.

Cuando estuvo en el sitio que creía más profundo y más á propósito para la realización de su deseo, cesó de remar. Allí, con un cuidado infantil que hasta á ella misma la hizo sonreír, puso su sombrilla, su sombrero y sus guantes en uno de los maderos transversales de la barca. Había hecho para mover los remos un gran esfuerzo, de forma que estaba anegada en sudor. Experimentó una nueva sensación de frío mientras colocaba aquellos objetos, frío tan agudo, tan profundo esta vez, que detuvo su ademán, quedando inmóvil, sumida en un sueño infinito, con los ojos fijos en el agua, cuyas ondas disminuían en torno de la barca. En aquel último momento sentía volver á su corazón, no el amor á la vida, pero sí la ternura que su madre la inspiró siempre. Ante su pensamiento aparecieron todos los detalles que seguirían á su suicidio. Veíase lanzada al agua profunda, que se cerraba sobre su cabeza. Todo sufrimiento habría terminado para ella; pero,

¿y para la señora Steno? Alba veía al cochero inquieto por su ausencia, llamando á la puerta de la villa Torlonia, á los criados en su busca... El barco desatado indicaría dónde había que ir á buscarla y lo que había hecho. ¿Sabría la Condesa que se había suicidado? Querría saber también la causa de aquel acto de desesperación.

La terrible fisonomía de Lydia Maitland apareció ante los ojos de la joven. Comprendió que esta mujer odiaba demasiado á su rival para no revelarle las terribles circunstancias que habían precedido al suicidio. Aquel grito de una significación horrible: "¡Lo ha hecho usted con intención!", volvió á la memoria de Alba. Vió á su madre conocedora de que su hija lo sabía todo. ¡Aquella madre la había acariciado y mimado tanto! ¡La quería aún de tal modo! Como no había podido soportar la idea de continuar viviendo en la intimidad de Maitland, después de lo que había visto, no pudo soportar tampoco la idea del peso que el remordimiento por su suicidio arrojaría sobre la Condesa. Pensó en Dorsenne y en lo que el joven sentiría también al recibir la tremenda noticia del suicidio, efectuado á poco de su conversación. Creería que era él responsable del caso, y esto no era justo. Entonces, y sintiendo que un nuevo estremecimiento de frío recorría su cuerpo, pensó Alba que tenía la probabilidad de morir sin que nadie pudiera sospechar que su muerte había sido voluntaria. Recordó que se encontraba en uno de los sitios más temidos de la campiña romana, que había conocido personas muertas en algunos días por la fiebre perniciosa contraída en sitios semejantes, á aquella hora y en aquella estación, particularmente uno de sus amigos preferidos, uno de los Bonaparte establecidos

en Roma, muerto muy pronto por haber ido á cazar allí anegado en sudor. ¡Si ella procurase tomar aquella enfermedad! Y remó de nuevo para entrar más en calor. Después, cuando sintió su frente mojada por aquel segundo esfuerzo, abrió su corpiño y su camiseta, dejando desnudo su cuello, su pecho,



su garganta virginal, y se tendió en la barca dejando que el aire húmedo la envolviese, la bañase, la helase, implorando que entrase en su sangre el germen funesto, redentor, poseída á la vez de una gran embriaguez é infinita languidez. ¿Cuánto tiempo permaneció así, medio desvanecida, como pasmada, en aquel ambiente cada vez más impregnado de miasmas mortales á medida que el sol descendía

en el horizonte? La huida del tiempo no se marcaba para ella más que por la sensación repetida más fuertemente cada vez de un frío intenso, y sentía en su obscuro y doloroso delirio que su deseo se colmaba y que la terrible fiebre se apoderaba de ella. Un grito que oyó la hizo levantarse helada y volver á tomar los remos. Era el cochero, que no viéndola volver, se había bajado del carruaje y la llamaba. Cuando ella descendió sobre el ribazo y la vió tan pálida, aquel hombre, que desde hacía años estaba al servicio de la Condesa, no pudo impedir decirla con la familiaridad de un criado italiano.

—Ha tomado usted frío, señorita, y este lugar es muy mal sano.

—En efecto—respondió ella.—He sentido frío. Esto no será nada. Volvamos pronto. Sobre todo, no cuentes que me he metido en una barca. Harías que me riñeran.

